

— ¡**L**éa! ¡Dame tu collar de perlas! ¿Me oyes, Léa?
¡Dame tu collar!
Ninguna respuesta surgió de la vasta cama de hierro forjado y cobre cincelado que brillaba en la oscuridad como una armadura.

—¿Por qué no quieres dármelo? Me sienta tan bien a mí como a ti, y casi mejor...

Al chasquido del cierre, los encajes de la cama se agitaron y dos brazos desnudos, magníficos, de muñecas finas, elevaron dos bellas manos perezosas.

—Déjalo, Chéri. Ya has jugado bastante con ese collar.

—Me divierte... ¿Tienes miedo de que te lo robe?

Ante los visillos rosa atravesados por el sol, Chéri bailaba, negro, como un diablo gracioso sobre el fondo de una hoguera. Pero cuando retrocedió hacia la cama se volvió completamente blanco, desde el pijama de seda hasta las babuchas de ante.

—No tengo miedo —contestó desde la cama la voz dulce y grave—. Pero desgastas el hilo del collar. Las perlas son pesadas.

—Sí, lo son —repuso Chéri, con consideración—. No te tomé el pelo quien te dio ese collar.

Se había situado delante de un espejo largo aplicado a la pared, entre las dos ventanas, y contemplaba su imagen de hombre muy joven y muy apuesto, ni alto ni bajo, de cabellos azulados como el plumaje de un mirlo. Abrió la chaqueta del pijama, poniendo al descubierto su pecho mate y duro, arqueado como un escudo, y el mismo destello rosado jugueteó en sus dientes, en el blanco de sus ojos oscuros y en las perlas del collar.

—Quítate ese collar —insistió la voz femenina—. ¿Oyes lo que te digo?

Inmóvil ante su imagen, el joven reía por lo bajo.

—Sí, sí, te oigo. ¡Ya sé que tienes miedo de que te lo robe!

—No. Pero si te lo diera, serías muy capaz de aceptarlo.

El muchacho corrió a la cama y se echó en ella hecho un ovillo.

—¡Pues claro! Yo estoy por encima de los convencionalismos. Me parece idiota que un hombre pueda aceptar de una mujer una perla en un alfiler de corbata, o dos en unos gemelos, y se considere deshonorado si ella le da cincuenta...

—Cuarenta y nueve.

—Cuarenta y nueve, ya lo sé. Pero dime, ¿no me sienta bien? ¿Estoy feo así? Dilo.

Se inclinaba hacia la mujer acostada con una sonrisa provocativa, enseñando los dientes diminutos y el interior húmedo de sus labios. Léa se sentó en la cama.

—No, no lo diré. En primer lugar porque no lo creerías. Pero ¿no puedes reír sin fruncir la nariz de esta manera? Estarás

contento cuando te salgan tres arrugas en el pliegue de la nariz, ¿no?

Chéri dejó de reír inmediatamente, tensó la piel de la frente e hizo desaparecer la barbilla con una habilidad de vieja coqueta. Los dos se miraban con una expresión hostil; ella, apoyada sobre un codo, entre su ropa de cama y sus encajes; él sentado a la amazona en el borde de la cama pensando: «Le va bien hablarle de las arrugas que yo tendré». Y ella: «¿Por qué está tan feo cuando ríe, siendo como es la belleza personificada?».

Reflexionó un instante y acabó en voz alta su pensamiento:

—Tienes una expresión tan perversa cuando estás alegre... No ríes más que por maldad o por burla. Y eso te hace feo. Estás feo muchas veces.

—¡No es verdad! —protestó Chéri, irritado.

La cólera unía sus cejas en el arranque de la nariz, agrandaba sus ojos llenos de una luz insolente y armados de pestañas y entreabría el arco desdeñoso y casto de la boca. Léa sonrió al verlo como a ella le gustaba, rebelde pero inmediatamente sometido, mal encadenado, incapaz de ser libre; apoyó una mano en la cabeza juvenil, que sacudió con impaciencia el yugo. Léa murmuró, como se apacigua a un animal:

—Vamos... vamos... ¿Qué te pasa...? Vamos, ¿qué te pasa...?

Chéri se dejó caer sobre el hermoso hombro, empujando con la frente, con la nariz, abriéndose el hueco familiar, cerrando ya los ojos y buscando su sueño protegido de las largas mañanas, pero Léa lo rechazó:

—¡No, eso no, Chéri! Hoy almuerzas en casa de nuestra arpía nacional y ya son las doce menos veinte.

—¡No! ¿Que almuerzo con la patrona? ¿También tú?

Léa se deslizó perezosamente hasta el fondo de la cama.

—Yo no, yo tengo fiesta. Iré a tomar el café a las dos y media, o el té a las seis, o un cigarrillo a las ocho menos cuarto... No te preocupes, bastante me ve ya... Además, no me ha invitado.

Chéri, que se mostraba enfurruñado, sonrió con malicia.

—¡Ya sé, ya sé por qué! ¡Tenemos gente bien! ¡Tenemos a la hermosa Marie-Laure y su veneno de hija!

Los grandes ojos azules de Léa, que vagaban, se inmovilizaron.

—¡Ah! ¿Sí? Encantadora, la chiquilla. Menos que su madre, pero encantadora... Vamos, quítate ya ese collar.

—¡Qué lástima! —suspiró Chéri, desabrochándolo—. ¡Con lo bien que quedaría en la canastilla...!

Léa se incorporó sobre un codo.

—¿Qué canastilla?

—La mía —dijo Chéri con una importancia cómica—. Mi canastilla de mis joyas para mi boda...

Saltó, cayó sobre sus pies después de un correcto trezado de piernas, abrió la puerta de un cabezazo y desapareció llamando:

—¡Mi baño, Rose! ¡Deprisa! ¡Almuerzo con la patrona!

«Lo de siempre —pensó Léa—. Un lago en el cuarto de baño, ocho toallas nadando y los restos del afeitado en el lavabo. Si tuviera dos cuartos de baño...»

Pero pensó, como otras veces, que habría tenido que suprimir un armario ropero, reducir el gabinete donde se peinaba y

concluyó, como siempre: «Tendré paciencia hasta la boda de Chéri».

Volvió a recostarse sobre la espalda y comprobó que Chéri, la víspera, había tirado los calcetines sobre la chimenea, los calzoncillos sobre el diván y la corbata al cuello de un busto de Léa. Sonrió a pesar suyo ante aquel cálido desorden masculino y entornó de nuevo sus grandes ojos apacibles, de un azul juvenil y que habían conservado todas sus pestañas de color castaño. A sus cuarenta y nueve años, Léonie Vallon, llamada Léa de Lonval, estaba en la cumbre de una carrera afortunada de cortesana con buenas rentas y de muchacha sana a quien la vida ha ahorrado las catástrofes halagadoras y los nobles pesares. Léa ocultaba la fecha de su nacimiento, pero confesaba sin reparo, mirando a Chéri con una expresión de condescendencia voluptuosa, que había llegado a la edad de concederse ciertos pequeños caprichos. Le gustaban el orden, la ropa interior elegante, los vinos añejos y la cocina meditada. Su juventud de rubia adúlada, y posteriormente su madurez de *demi-mondaine* rica no habían aceptado el esplendor engorroso ni el equívoco, y sus amigos recordaban aquel día en los Drags, hacia 1895, en que Léa contestó al secretario del Gil Blas que la llamaba «querida artista»:

—¿Artista? Ciertamente, señor, mis amantes son muy charlatanes...

Sus contemporáneas le envidiaban su espléndida salud; las mujeres jóvenes, a las cuales la moda de 1912 abombaba ya la espalda y el vientre, se burlaban del busto desarrollado de Léa, y unas y otras le envidiaban por igual a Chéri.

—¡Santo Dios! —decía Léa—. ¡No hay por qué envidiármelo! Que se queden con él, si pueden. Yo no lo tengo atado; lo dejo salir solo.

En esto mentía a medias, puesto que se sentía orgullosa de aquella relación —a veces decía «adopción», impulsada por su tendencia a la sinceridad— que duraba desde hacía seis años.

—La canastilla... —musitó Léa—. Casar a Chéri... No es posible, no es... humano... Entregar una muchacha a Chéri... ¿Por qué no arrojar una corza a los perros? La gente no sabe quién es Chéri.

Desgranaba entre los dedos, como un rosario, su collar, arrojado sobre la cama. Ahora se lo quitaba, de noche, porque Chéri, enamorado de las bellas perlas, que solía acariciar por la mañana, hubiese advertido demasiado a menudo que el cuello de Léa, más grueso, perdía su blancura y revelaba debajo de la piel los músculos distendidos. Léa se lo abrochó en la nuca sin levantarse y cogió un espejo de mano de la mesita de noche.

—Parezco una hortelana —se dijo sin contemplaciones—. Una verdulera. Una verdulera normanda que se fuese a los campos de patatas con un collar. Me sienta como una pluma de avestruz en la nariz, y me quedo corta.

Se encogió de hombros con severidad ante todo lo que no le gustaba en ella: la tez viva, sana, un poco colorada, una tez de aire libre, muy a propósito para hacer resaltar el color lozano de sus pupilas azules rodeadas de un azul más oscuro. La nariz orgullosa todavía le parecía graciosa a Léa. «¡La nariz de María Antonieta! —afirmaba la madre de Chéri, que nunca se olvidaba de añadir—: Y dentro de dos años, esa bendita de Léa tendrá

la barbilla de Luis XVI.» La boca de apretados dientes, que pocas veces estallaba en carcajadas, sonreía a menudo, en armonía con los ojos de parpadeos lentos y espaciados, sonrisa cien veces loada, cantada, fotografiada, sonrisa profunda y confiada que no podía cansar.

En cuanto al cuerpo, «ya es sabido —se decía Léa—, que un cuerpo de buena calidad se conserva mucho tiempo».

Léa podía exhibir todavía su cuerpo, aquel cuerpo blanco matizado de rosa, dotado de largas piernas, la espalda recta como la de las ninfas de las fuentes de Italia. Las nalgas con un hoyuelo y los senos altos podían mantenerse, según Léa, «hasta mucho después de la boda de Chéri».

Se levantó, se envolvió en un salto de cama y corrió los visillos. El sol de mediodía penetró en la habitación rosa, alegre, demasiado adornada y de un lujo antiguo: encajes dobles en las ventanas, faya de color pétalo de rosa en las paredes, relieves en madera dorados, luces eléctricas veladas de rosa y de blanco y muebles antiguos tapizados con sedas modernas. Léa no renunciaba a aquella habitación coquetona ni a su cama, obra maestra considerable, indestructible, de cobre, de acero forjado, dura a la vista y cruel para las tibias.

—Pues no, de ningún modo —protestaba la madre de Chéri—. No es tan feo. A mí me gusta, esta habitación. Es toda una época, tiene chic. Recuerda a Païva.

Léa sonreía ante aquella alusión a la «arpía nacional», mientras levantaba en alto sus cabellos esparcidos. Se empolvó apresuradamente la cara al oír dos puertas que se cerraban de golpe y el choque de un pie calzado contra un mueble delicado. Chéri

volvía, en pantalones y camisa, con las orejas blancas de talco y el humor agresivo.

—¿Dónde está mi alfiler de corbata? ¡Maldita caja! ¿Se ha puesto de moda robar joyas ahora?

—Marcel se lo ha puesto para ir al mercado —dijo Léa, gravemente.

Chéri, desprovisto de humor, chocaba contra las chanzas como una hormiga contra un trozo de carbón. Interrumpió sus idas y venidas amenazadoras y sólo supo decir:

—¡Muy bonito...! ¿Y mis botines?

—¿Cuáles?

—Los de ante.

Léa, sentada ante su tocador, levantó hacia él unos ojos demasiado dulces.

—No soy yo quien lo dice —insinuó.

—El día en que una mujer me quiera por mi inteligencia, estaré perdido —replicó Chéri—. Entretanto, quiero mi alfiler y mis botines.

—¿Para qué? Cuando se lleva americana no es de buen tono usar alfileres de corbata; por otra parte, veo que ya te has calzado.

Chéri golpeó el suelo con el pie.

—¡Estoy harto, nadie se ocupa de mí, aquí! ¡Estoy harto!

Léa dejó el peine.

—Pues bien, márchate.

Chéri se encogió de hombros, grosero.

—Lo dices por decirlo.

—Márchate. Siempre he sentido horror por los invitados

que critican la cocina y embadurnan los espejos con crema de queso. Vete a casa de tu madre, hijito, y quédate allí.

Chéri no sostuvo la mirada de Léa, bajó los ojos y protestó, en tono de colegial:

—Bueno, ¿es que no puedo decir nada? Por lo menos, ¿me prestas el coche para ir a Neuilly?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo salgo a las dos y Philibert almuerza.

—¿Adónde vas a las dos?

—A cumplir mis deberes religiosos. Pero si quieres tres francos para un taxi...

Calló un instante, y luego prosiguió suavemente:

—Tal vez vaya a tomar el café con tu señora madre, a las dos. ¿No estás contento?

—Me atiborran, me lo niegan todo, me esconden mis cosas, me...

—Pero ¿es que no aprenderás nunca a vestirte solo?

Léa cogió de la mano de Chéri la corbata y se la anudó.

—¡Ah...! ¡Oh, esa corbata violeta...! Aunque ya está bien para la hermosa Marie-Laure y los suyos... ¿Y aún querías una perla? ¡Mi pequeño rastacuero! ¿Y por qué no unos pendientes en las orejas?

Chéri se dejaba hacer, mansamente, blandamente, vacilante, presa de una pereza y de un placer que le cerraban los ojos...

—¡Nounoune querida! —murmuró.

Léa le quitó el talco de las orejas, rectificó la raya, fina y azulada, que dividía los cabellos negros de Chéri, le tocó las sienes

con un dedo mojado de perfume y besó rápidamente, porque no pudo evitarlo, los labios tentadores que respiraban tan cerca de ella. Chéri abrió los ojos y los labios, tendió las manos... Léa se separó.

—¡No! ¡La una menos cuarto! ¡Vete, y que no vuelva a verte!

—¿Nunca más?

—¡Nunca más! —replicó Léa, riendo con ternura.

Sola al fin, sonrió orgullosamente, exhaló un suspiro entrecortado, de deseo dominado, y escuchó los pasos de Chéri en el patio. Lo vio abrir y cerrar de nuevo la verja, y alejarse con su paso alado, y saludado inmediatamente por el éxtasis de tres aprendizas de modistilla que andaban cogidas del brazo:

—¡Mi madre...! ¡No es posible! ¡No puede ser de verdad! ¿Le pedimos que nos deje tocar?

Pero Chéri, hastiado, ni siquiera se volvió.